



Santa!

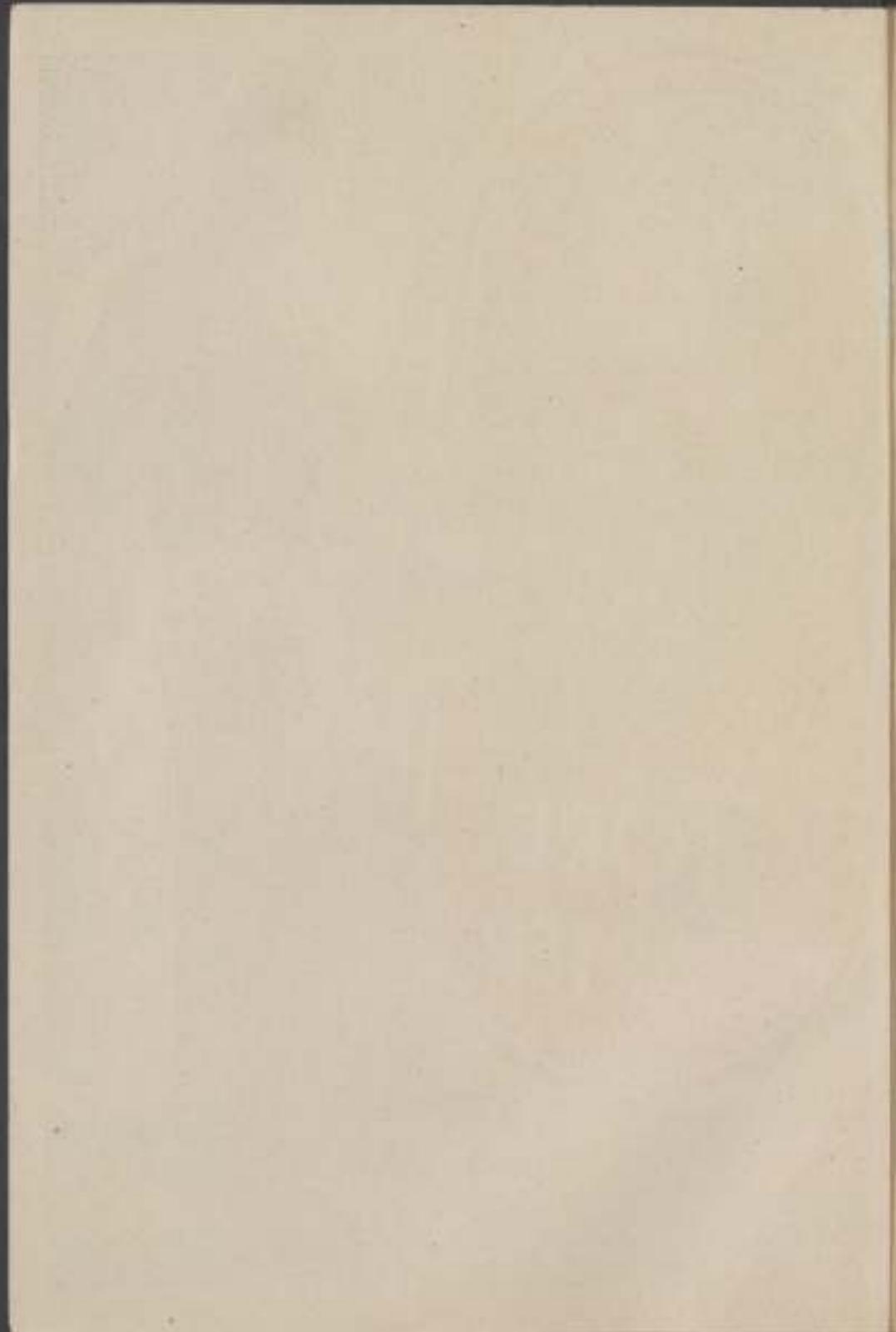
Glenn
FORD
Janis
CARTER

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS ★

*Serie
especial.*



Editorial **ALAS**





PAULA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VIEDAGUER

Apertado 707 " BARCELONA " Teléfono 70657
Velencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbora, 16, Barcelona - Terrace, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 191

NUM. 142

≡ PAULA ≡

¿Cuál era el extraño poder que Paula tenía sobre los hombres perdidos? Dos hombres la amaban y Paula jugó con ellos hasta que su ambición chocó con el innato sentido de justicia que todos los seres, hasta los más descarriados, atesoran en lo más recóndito del corazón.

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65



FLORALVA

BARCELONA

Calle de Mallorca, 284

PRINCIPALES INTERPRETES

Mike Lambert . . . Glenn Ford
Paula Janis Carter
Stephen Price . . . Barry Sullivan
Jane Woodworth . . Karen Morlay

Director:

Richard Wallace

Narración literaria:

Juan Planas

MICHAEL LAMBERT

La carretera era muy pendiente y sinuosa. A uno de sus lados tenía el talud de la montaña en que había sido, prácticamente, trazada a fuerza de barrenos, y al otro se hallaba el profundo abismo, al pie del cual comenzaba el valle. El sol y el viento de las alturas la azotaban ásperamente, convirtiéndola en el paraje más inhóspito de la región... Y, afortunadamente para Mike Lambert, estaba desierta.

El camión iba a una velocidad fantástica. Tomaba las curvas raudó y sus neumáticos chirriaban en el borde del abismo. Toda la destreza de conductor de Mike era puesta en contribución para salvar la vida de una muerte cierta. Frenéticamente, con las mandíbulas apretadas, sus manos atenazaban el volante, mientras que su pie derecho pisaba repetidas veces el freno con la vana ilusión de que respondiera al enérgico contacto...

Vana ilusión, decimos, pues los frenos estaban rotos.

Después de unos minutos de mortal angustia, la carretera se tornó más horizontal. Pero la velocidad adquirida durante el descenso le hizo entrar en la ciudad como una piedra disparada por una honda.

Recorrió tres o cuatro calles sin encontrar ningún obstáculo. Pero luego sucedió lo que debía ocurrir. En un cruce un autobús se interpuso. Mike hizo girar desesperadamente el volante y por un hilo no se estrelló contra el motor del vehículo. Siguió por la calle adonde le llevara su rápida evolución, calle en donde se encontraba la agencia de transportes a la que pertenecía el camión.

Este ya corría más lentamente. Mike utilizó el freno de mano. Era tarde. El parachoques del vehículo se lanzó contra un desvencijado automóvil detenido a escasos metros de la agencia. El impacto fué rudo y estrepitoso.

Mike encendió un cigarrillo, se echó el sombrero hacia atrás, cruzó los brazos sobre el volante y esperó los acontecimientos.

No tardaron en producirse.

De la agencia de transportes brotó un grupo de hombres, entre los que se contaban el gerente de la misma y su ayudante; de una casa contigua, el propietario del automóvil víctima del encontronazo. Todos eran corpulentos, iban en mangas de camisa y mal afeitados, especialmente el dueño del auto.

—Este camión es nuestro —se sorprendió el gerente.

—Sí —aseveró su ayudante.

El dueño del automóvil, que debía de ser minero a juzgar por sus trazas, abordó al gerente con la excitación lógica de quien ve estropeada su propiedad y gritó:

—El conductor del camión se cree el amo de la carretera. Fíjese en ese desperfecto. Hay que pagar por este destrozo.

El gerente pasó por alto la trasera abollada del automóvil y repuso escandalizado:

—¿Pagar por eso? Ya veo lo que ha pasado. No le pagaremos ni un centavo.

—Así es—corroboró su ayudante como un eco.

—Es de ustedes ese camión, ¿verdad? —exclamó el minero.

—Sí, es nuestro, pero no pensamos pagarle un centavo —replicó el gerente.

—Tengo testigos —gruñó el minero.

—Y yo puedo tener el doble de ellos —rió el gerente con sarcasmo—. En primer lugar no tiene usted derecho a parar aquí. En segundo lugar, no sacó la mano. Podemos denunciarle.

—En efecto —afirmó su ayudante.

—Me pagarán los desperfectos —casi amenazó el minero.

Mike ya empezaba a cansarse de la escena. Además, el número de los curiosos había crecido considerablemente, cosa que no le convenía en absoluto. Por lo tanto, intervino secamente desde el camión:

—Pague a ese hombre.

Todos se volvieron asombrados hacia él. El gerente le examinó y preguntó con un gruñido:

—¿Quién es usted? Jamás le he visto hasta hoy. ¿Cómo está usted conduciendo uno de nuestros camiones?

—Pues en el garaje necesitaban un conductor con toda urgencia —aclaró Mike—. No me dijeron que este camión no tenía frenos... ¡Vamos, pague a ese hombre los desperfectos!

Hubo una pausa. Todos contemplaron al gerente. Meditó éste un segundo y contestó:

—No pagamos nada.

—En efecto —apoyó el ayudante.

Mike saltó del camión. Detuvo al gerente, que se disponía a entrar en la agencia. Su ademán fué tan significativo, que los mirones se apartaron con prudencia. Mike y el gerente se estudiaron.

—Cobro quince dólares por este servicio —dijo el joven—. ¡Los quiero ahora!

—Vea al cajero mañana por la mañana —soslayó el gerente.

—¡Los quiero ahora!

Al moverse el gerente, el círculo de curiosos se ensanchó. Pero lo único que el hombre deseaba era entrar en el edificio de la agencia. Mike cerró ambas manos en torno de sus brazos y gritó enérgicamente:

—¡En seguida!

El gerente se puso pálido. Sacó un billetero y contó quince

dólares. Después pudo marcharse sin estorbos, escoltado por su incondicional ayudante. Mike miró los billetes y los dejó caer en el sombrero del propietario del auto, que, sorprendido, abrió la boca sin lograr pronunciar una palabra. Los mirones comentaron la acción.

Mike sacó del camión su maleta y la americana, que se puso en seguida. Empuñó la maleta. Pero, de pronto, giró sobre sus talones y, sin hablar, rescató tranquilamente del sombrero del anciano uno de los billetes que le había entregado.

* * *

«La Paloma» era un establecimiento de bebidas y comidas muy semejante a millares de otros que había en el país. Mike vaciló en la entrada un momento y luego se encaminó hacia el mostrador.

Paula le vió aparecer gracias al espejo por el que observaba el local en tanto que secaba unas copas.

Mike no la miró. Se acodó en el mostrador y se pasó la mano por los ojos. Estaba derrengado, hambriento y excitado. En todo el mundo no poseía nada digno de ser tenido en cuenta. El futuro se presentaba sombrío para él.

Lentamente, Paula se volvió en su dirección y le observó con cálida mirada. Pero Mike continuaba sin percatarse de su presencia.

—¿Qué va a ser? —preguntó el barman.

—Ginebra seca —contestó Mike, saliendo de su meditación.

—¿De la casa?

—¿Qué tal es?

El barman le entregó la bebida. Mike apuró el vaso de un sorbo. El licor le quemó la garganta: reseca, obligándole a hacer una mueca. Era infernal.

—¡Esto es horrible! —murmuró, despreciando, no obstante, el vaso de agua servido con la bebida.

Paula se decidió a intervenir:

—¿Por qué lo bebe? —preguntó suavemente.

Mike alzó los ojos hacia ella. Paula le sonrió. Era la mujer más hermosa que el joven había visto en su vida: rubia, alta, de ojos claros y firmes, de figura esbelta, maravillosa. Inmediatamente notó Mike que quería hablar con él... Hablar era decir poco. Su aspecto resultaba insinuante.

—¿Le gusta fregar vasos? —indagó Mike estudiándola fijamente.

—No me molesta —respondió Paula, depositando unas copas en una bandeja y saliendo de detrás del mostrador.

Cuando pasó por el lado de Mike, le rozó con el codo. El joven se volvió a mirarla. Paula, junto a la mesa en que servía a unos clientes prosiguió examinándole. Sus ojos se encontraron...

Mike se distrajo al notar cierto movimiento de hombres en dirección de una puertecilla a la que se llegaba por cuatro o cinco peldaños. Olvidándose de Paula, interrogó al barman, seguro de cuál sería la respuesta:

—¿Qué tiene ahí?

—Una pequeña partida —le informó el barman.

—Creía que no estaba permitido en este Estado —se animó Mike—. ¿Puede subir todo el mundo?

—No, sólo una pequeña minoría.

—¿Quién tiene que presentarme?

—No se trata de quién le presente, sino de lo que usted presente —puntualizó el barman.

Mike hizo un rápido cálculo mental. Del bolsillo superior de la americana sacó un magnífico reloj, que depositó sobre el mostrador. Paula regresó a su sitio y sus labios formaron una línea dura al advertir el gesto de ansiedad de Mike, que decía:

—¿Cuál es su valor? Es un cronómetro última moda. La caja es de oro puro.

—Diez dólares —tasó el barman.

—Vale sesenta, acepto quince —replicó Mike.

El barman le devolvió el reloj. Mike lo guardó en su bolsillo y tornó a dedicar su atención a Paula, olvidado de su propósito de ganar unos dólares jugando. La joven le atralá por el descaro de su conducta.

—Mucho calor, ¿verdad?

Paula inclinó afirmativamente la cabeza y enarcó los labios para contestarle...

Entonces se abrió de par en par la puerta de «La Paloma» y dos policías entraron acompañados del gerente de la compañía de transportes y de su ayudante.

—Ese es, agente —indicó el gerente—. El que está sentado en el bar.

Mike se volvió y encontróse rodeado. Paula prestó oído con avidez.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó a Mike uno de los policías.

—Lambert... ¿Qué pasa ahora? —indagó Mike del gerente.

—Su nombre entero —insistió el otro policía.

Mike lo pronunció y deletreó. A continuación, con gran regocijo del gerente, hubo de exhibir su permiso de conducción. El policía frunció el ceño y dijo:

—Ha expirado hace tres meses.

—Sí, en efecto —contestó Mike—. Pero es que estuve ausente.

—¿Conduciendo camiones? —se burló el policía.

—No hay nada malo en conducirlos, pero no es ése mi oficio... Quería darme una vuelta por esta ciudad.

—¿Para qué? ¿Conoce a alguien aquí?

—No. Buscaba trabajo —explicó Mike tranquilamente—. Soy ingeniero de minas... Ahora espero que me digan por qué me molestan.

—Dejemos al juez esa misión —contestó uno de los policías—. No tendríamos tiempo de leer todas las denuncias que hay contra usted.

Los dos agentes obligaron a Mike a que se levantara. El joven les siguió perezosamente, balanceando su maleta...

En cuanto hubieron salido, Paula se alejó del mostrador, entró en el guardarropas, se desató el delantal y echó un abrigo sobre sus hombros. Como última providencia, abrió su bolso y echó una mirada al dinero que llevaba en él, quedando satisfecha del cálculo.

Había llegado el momento tan anhelado.

PAULA

El juicio de Mike fué somero. Las pruebas que había contra él eran tan abrumadoras como la saña del gerente de la agencia de transportes en acusarle.

Cuando Paula entró en el juzgado, el juez estaba meditando la sentencia y Mike esperaba con la misma serenidad fatalista de que había dado muestras al ser arrestado. Paula procuró no ser vista, aunque no perdió ni una de las frases que en la sala se pronunciaron.

—Por conducir imprudentemente, por conducir por el bulevar a demasiada velocidad, por conducir sin licencia —dijo el juez, que preguntó a continuación—: ¿le parece poco?

—Sí, señor juez —contestó Mike—. No es tan sencillo como parece.

El mazo del juez golpeó la mesa y sentenció:

—Cincuenta dólares o diez días. Pague al secretario.

—No tengo cincuenta dólares —objetó Mike y señaló al gerente de la agencia diciendo—: Ese es el hombre a quien deberían detener.

—¿Qué hombre? ¿Ese? —inquirió el juez.

—Sí, el gerente de los camiones —explicó Mike en tanto que el aludido protestaba—. Sabía que ese camión no tenía frenos.

—¿Es verdad eso? —exclamó el juez.

—Señor juez, todos encuentran excusas para burlar la Ley —protestó el gerente—. Ningún hombre trabaja para nosotros si no asume la plena responsabilidad de cualquier violación del tráfico. Tenemos que hacerlo así, señor juez, si no los conductores acabarían por arruinar nuestra compañía.

El juez reflexionó un segundo. Después se encaró con Mike y dijo:

—¿Está usted de acuerdo?

—En parte, sí—repuso Mike—. Necesitaba el dinero, pero es que me largaron un camión sin frenos. Arrastré ese camión durante siete horas sin poder dominarlo por esta población.

El juez sacudió la cabeza y repitió:

—Cincuenta dólares o diez días.

—Ya le he dicho que no los tengo.

—Diez días —indicó el juez al secretario.

Mike se encogió de hombros y se acercó a los agentes mascullando:

—De acuerdo. Diez días es lo único que deseo estar en esta ciudad.

Paula, al ver que el policía cogía a Mike del brazo, se apartó de la pared en que había estado apoyada y anunció:

—Yo pago la multa.

Su voz sobresaltó a los presentes. Los ojos se clavaron en ella. El agente consultó con la mirada al juez y soltó el brazo de Mike, que observaba consternado a su inesperada fiadora. Un cúmulo de preguntas se atropelló en su mente, preguntas que quedarían por resolver como tantas otras...

El juez fué el primero en reaccionar.

—¿Por este hombre? —puntualizó.

—Sí.

—Pague al secretario. Asunto concluso. Queda usted en libertad.

Mike, en cuanto Paula hubo depositado la multa, salió tras la joven.

Llegada la hora de cerrar, Mike estaba en «La Paloma» completamente embriagado. Paula había llegado en su generosidad hasta poner en su poder una botella de ginebra, y Mike no se había mostrado sobrio. A pesar de su borrachera, no conseguía dominar el terrible sentimiento de vergüenza que le atormentaba. ¡Qué bajo había caído!

—Siempre lo mismo... siempre lo mismo. La misma pareja... mujeres... y... —bebió un trago más y preguntó al mozo que barria—: ¿Y sabe usted de quién es la culpa?

—De las mujeres —contestó el mozo.

—No, mía... Pero nunca más... Voy a sentar la cabeza y lograr el éxito. ¡El éxito será conmigo!

Se incorporó derribando la botella, que el mozo atrapó al vuelo, casi milagrosamente. Falto de equilibrio, Mike cayó sentado de golpe, arrojándose de bruces sobre la mesa.

—Sí, muchacho, éste es un castigo... ¡Rescatado por una mujer!

—Le está esperando —le informó el mozo.

Mike hincó sus turbios ojos en el mozo y dió un manotazo en la mesa, chillando con rabia:

—¿Sí? ¡Pues que espere! ¡Estoy harto de ellas!... ¡Voy a cambiar de vida y a ser un hombre de bien!... ¡Sí! ¡Un hombre de bien!

—Eso está bien, hombre de bien —rióse el mozo.

Embrutecido por el alcohol, Mike ya no le oía.

En la trastienda, Paula recogía sus efectos hablando al mismo tiempo con Julio, el dueño del establecimiento, que lamentaba profundamente su partida, dándole una interpretación errónea.

—No es por dinero, Julio —afirmó Paula.

—Porque podemos hacer un esfuerzo y pagarte un poco más —aseguró Julio.

—No, es que estoy cansada y quiero marcharme.

Julio aceptó la situación filosóficamente y estrechó la mano de su empleada, diciendo:

—Bien. Cuando una chica como tú desea algo, siempre lo consigues.

Paula sonrió agradecida, como si la frase fuera de buen agüero. Después, ayudada por el mozo, consiguió que Mike se incorporase y la siguió dando traspies...

Entre Paula y el propietario del hotel entraron a Mike y su maleta en la habitación número siete. El joven, así que distinguió la cama, se arrojó a ella. Paula quiso taponarla con el edredón, pero la prenda fué arrojada sin consideraciones al suelo.

El propietario del hotel suspiró. Pero, diciendo que no era asunto suyo, procuró hacer la vista gorda. Puso la llave de la habitación por la parte interior de la puerta y desapareció silenciosamente.

Una vez a solas, Paula estudió a Mike, que pugnaba por abrir los ojos. Finalmente, quedó dormido, convertido en un guñapo que yacía apenas sin vida en la cama. Paula procedió rápidamente.

Recorrió el contenido de la maleta con las manos y después registró los bolsillos de la americana de Mike. Este se volvió en aquel instante. Sobresaltada, Paula dejó caer la chaqueta y permaneció inmóvil hasta que Mike, de un tumbó, quedó de bruces en el lecho.

En seguida, Paula recogió la americana y extrajo de ella la cartera. Echó una ojeada a los documentos. Mike no había mentido: tenía el título de ingeniero de minas. Los demás papeles carecían de importancia y sólo demostraban que carecía de familia, de amigos, de cualquier relación con el resto de sus semejantes.

Esto era lo que importaba a Paula.

También descubrió que Mike no tenía un centavo. De su bolso extrajo un billete de cinco dólares y lo colocó de un modo muy

visible en la cartera, que depositó encima de la americana doblada. Con una postrer mirada al dormido, abandonó la habitación.

† Court Park estaba constituido por un grupo de casitas modernas y coquetonas, precedidas de un amplio retazo de césped en el que había algunas matas de flores. Una de ellas pertenecía a Paula.

Cualquiera de los habituales de «La Pajoma» se hubiera asombrado de que una simple camarera poseyera casa propia, amueblada, además, con exquisito gusto y discreta elegancia. Pero «La Paloma» únicamente era una etapa en la vida de Paula Craig, etapa ya dada al olvido. Anudándose el pelo delante del amplio espejo de su tocador, Paula sólo pensaba en cuán próximo estaba al triunfo...

Incluso se esforzó por borrar este pensamiento. Púsose una falda negra, un chaquetón blanco de seda gruesa, un collar y unos pendientes de perlas y brillantes, y un sombrero negro.

Así preparada, salió a la calle, cruzó varias bocacalles y se detuvo en una esquina, donde había un puesto de gasolina, a encender un cigarrillo. Un segundo más tarde un enorme automóvil negro se acercaba y Paula entraba en él.

Stephen Price lo conducía. Apenas cambiaron un saludo. El automóvil recorrió unos centenares de metros antes de que sus ocupantes rompieran el silencio.

—Le he encontrado —anunció Paula, arrojando el cigarrillo por la ventanilla.

—¿Qué tipo tiene? —indagó Price.

—La misma talla que tú, lo mismo de fuerte.

—¿Y la cara?

—No se parece a ti.

Price tomó una curva, mordiéndose los labios, y dijo después:

—Bueno, no importa. Eso ya lo arreglaremos.

Su voz sonaba tensa. Paula le observó, notando que sus manos se crispaban en el volante,

—¿Estás preocupado?

—No.

Price mintió y Paula lo sabía. Pero, ¿qué importaba? Los hombres son así, orgullosos como niños. De nuevo el silencio renació en ellos.

Hora y media después, Paula y Price se hallaban ante el hogar de una cómoda casa de recreo situada en el bosque de uno de los montes colindantes con la ciudad. Paula había cambiado su indumentaria por una bata blanca con su nombre bordado en el pecho. Sentada en un diván contemplaba el ir y venir de Price por la sala.

—¿Nervioso? —acabó por inquirir la joven.

—Un poco —confesó Price—. Pero tú, nena, debes de estar extenuada. Toda la tarde de pie con tanta gente y todos fumando. No debí dejártelo hacer.

—Tú no podías y había que hacerlo —le consoló Paula—. Cinco semanas buscando; cinco semanas buscando, buscando y esperando... A veces creí que no tendría valor ni por medio millón. Si no hubiese sido por este sitio, por venir aquí, cuando estoy libre, a descansar y a sentirme una criatura humana, no sé qué hubiera sido de mí...

Price miró las brasas durante unos segundos. De pronto, se encaró con la joven y exclamó preocupado:

—Paula, ¿crees que has hecho bien en marcharte?

—¿De «La Palomax»? —repuso Paula.

—Sí.

—¿Por qué no? Ya está arreglado.

—Sí, eso es verdad.

—Es mejor marcharse así, que desaparecer sin decir una palabra. De este modo todo ha terminado.

—¿Estás segura de que es el hombre?

Paula se levantó del diván desperanzándose y respondió:

—Claro que sí.

—¿Y no conoce a nadie en la ciudad? ¿No tiene parientes ni amigos?

—Sólo me tiene a mí.

—Tenemos que asegurarnos de que no hace nuevas amistades.

—Yo me encargo de ello— prometió Paula.

Anduvo hasta Price, a quien la intranquilidad no permitía ser muy locuaz aquella noche. Pensó en Mike y en su vergüenza de haber sido protegido por una mujer, ¡Pobre muchacho!... Pero no, no debía ser débil. Lo comparó mentalmente con Price: ambos eran apuestos y varoniles, pero Mike lograba ventaja en la comparación...

—Steve, es una verdadera suerte... Se parece mucho a ti.

—¿De veras?

Los celos temblaban en la voz de Price. Paula lo advirtió. Le echó los brazos al cuello y le calmó:

—No en todo.

Price agradeció la caricia y la apartó de sí para encender un cigarrillo.

—¿Te acuerdas del día en que te conocí? —preguntó, lanzando una bocanada de humo—. El primer día, hace dos años... ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no he de acordarme? —dijo Paula con odio—. Presentaba modelos de pieles para una exhibición.

—Estabas colocada en las escaleras para ser retratada y el viento de Chicago jugaba con tus cabellos. Parecías un ángel envuelto en pieles.

¿Por qué sacaba Steve a relucir aquellos recuerdos? Paula, sin saber por qué, sintióse molesta. A veces la pasión de Price tenía algo de ofensivo. Experimentó una honda rebeldía... No había ido allí a hablar sólo de amor.

—Steve, ¿tienes la tarjeta para la caja de seguridad?

—Sí, claro, está en orden. Sólo falta que la firmes.

Paula se dirigió a un escritorio y cogió la pluma. Miró la car-

tulina que Price le ofrecía. ¿No sería arriesgarse demasiado...? Sin embargo, firmó. Secando cuidadosamente la rúbrica, preguntó:

—¿Y las llaves?

—¿Las llaves? —se asombró Price.

—Sí, de la caja de seguridad.

—¡Ah! Ya las tengo. Tengo que quedarme con ellas por si algo saliese mal... Para volver a poner el dinero a toda prisa...

Paula le observó con los párpados entornados para ocultar su fría mirada. Desconfiaba. Pero la desconfianza es una pasión y las pasiones nos desorientan.

—Steve...

—¿Qué?

—¿Para cuándo...?

Price abrió las manos para indicar su ignorancia y dijo:

—Una semana, cuatro días, tres días... Tengo que dejar arregladas unas cuantas cosas.

—Cuanto antes mejor —le apremió Paula.

—Sí —convino Price y consultó su reloj—. Es tarde. Será mejor marcharnos.

Paula avanzó hacia la escalera: ¿Quién hubiera creído, viéndole colocar cuidadosamente la pantalla ante la chimenea, que era un rufián y no un honrado burgués? Price se volvió hacia ella y le informó:

—Voy a dar la vuelta al coche.

Cuando, por último, se detuvieron ante el puesto de gasolina, estaba muy avanzada la noche. Se miraron. Instintivamente sus manos se buscaron como si pidieran seguridad y desearan comunicarse mutuamente firmeza. Paula fué la primera en separar la suya. Abrió la portezuela y dijo:

—Me voy en seguida —y añadió en son de consejo—: No te preocupes. Estoy segura de que triunfaremos.

—Tonemos que triunfar —murmuró Price con calor.

Paula saltó del vehículo y echó a andar hacia su casa con decisión. Price estuvo mirándola hasta que las tinieblas la ocultaron e hizo girar el coche luego con un suspiro.

UN EMPLEO

Mike se despertó con una terrible jaqueca. Se sentó atontado en el borde de la cama, intentando recordar cómo había llegado a aquella habitación. ¡Ah, sí, Paula!... De nuevo sintió la vergüenza de la noche anterior, acrecentada por el hecho de haberse emborrachado... ¡Qué extraña mujer era Paula!...

Se refrescó el rostro en el lavabo y estudió en el espejo. Necesitaba afeitarse. Estaba harto de todo aquello y se proponía buscar inmediatamente un empleo, el que fuera, para sentar la cabeza. Y con aquella barba tonía el aspecto de un forajido.

Al quitar la americana de encima la maleta, con el fin de sacar su neceser de afeitarse, la cartera rodó a sus pies. Alzóla del suelo y descubrió el billete de cinco dólares colocado por Paula de modo visible. Su primer impulso fué de rebeldía, pero luego se dominó: aquel dinero le sería muy útil. Con el tiempo lo devolvería a Paula... Pero, no, no quería pensar en ella.

Diez minutos después bajaba al vestibulo del hotel y se acercaba al mostrador de recepción, donde el propietario hacía un solitario. Mike coligió por su aire que aquel individuo canoso le despreciaba. Después de poner su reloj en hora, preguntó:

—¿Estaba usted de servicio anoche?

—Sí —respondió el propietario, volviendo un naipe.

—¿Me vió usted cuando vine?

—Sí.

—¿Cuánto debo por la habitación?

—Cobramos por adelantado.

—¿Y me cobraron ustedes a mí?

—No, a la señora...

¡Otra vez Paula! ¿Qué se proponía al protegerle de aquella manera?... ¿Sería por amor?... Todo resultaba harto misterioso y extraordinario para atreverse a contestar. Mike giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar el hotel.

El propietario le llamó con un siseo y, siempre sin apartar sus ojos de las cartas, le entregó un papel doblado. Desplególo Mike. Decía: «Paula Craig. Mi teléfono es 2121.» Mike se quedó perplejo.

—¡El teléfono está ahí! —le gritó el propietario.

¿Conque había leído el billete? ¡Ya estaba asqueado de todo y de todos! ¡Necesitaba cambiar de vida cuanto antes! Mike hizo una bola con el papel y lo tiró a un rincón.

—Gracias —respondió a la advertencia—. ¿Dónde puedo encontrar café por aquí?

—Ahí enfrente lo encontrará muy bueno —le aseguró el propietario, auténticamente asombrado de los actos de su huésped.

Después de tomar dos tazas de café, Mike recorrió la ciudad en busca de un empleo adecuado a sus disposiciones. No tardó mucho en hallarse ante el escaparate de un establecimiento de minería, análisis de muestras, etc. Entró en él. Al resonar la campanilla, un hombre, vuelto de espaldas a la puerta, que examinaba un trozo de cuarzo, le indicó:

—Ponga allí su muestra.

—No tengo muestra —contestó Mike—. ¿No van a abrir nuevas galerías?

El hombre se volvió. Era un viejo de rostro simpático y ladino. Observó a Mike atentamente. Ambos sonrieron.

—Pues es posible —dijo el anciano—. Lo hemos hecho ya otras veces.

—Bien, pues yo soy ingeniero de minas...

—¿De veras? ¿Tiene usted el título?

—Claro que lo tengo —aseguró Mike, abriendo su cartera.

—No, no quiero ver sus credenciales. No voy a emplearle.

La sonrisa murió en los labios de Mike. Guardó la cartera y estuvo a punto de marcharse. Pero optó por quedarse. No se daría por vencido con tanta facilidad.

—Pero, ¿no conoce usted a alguien que lo hiciese? Soy un hombre muy útil en mi carrera. Yo...

—¿Tiene experiencia?

—Mucha.

El viejo se frotó la barbilla con la palma de la mano, produciendo un ruido semejante al roce de unas hojas secas. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Oigame, muchacho. Ayer estuvo aquí un hombre con una muestra que parece muy buena. Yo la considero estupenda. Haga usted el informe de ella.

—¿Sí? ¿Qué es ello? —inquirió Mike con claridad.

—Pues no puedo asegurarlo... Plata y de la mejor, según ha dicho.

—¿De veras? —se animó Mike.

—Puede ser que le emplee. Si yo fuese usted iría a verle. Es un chico muy simpático. Estuvo aquí mucho rato.

—Me parece un buen consejo.

—Sí. Si se sienta usted aquí y espera a ese muchacho no tardará en venir.

—Bueno, muchas gracias por su interés. Esperaré.

—Desde luego, yo no aceptaría ese empleo me pagasen lo que me pagasen. Buscando una pista y no encontrando ninguna. Vivir en una cabaña; frío por la noche y más frío durante el día. Vivir de judías y de café comidos en el mismo puchero...

Mike se apartó del mostrador y se sentó en una silla polvorienta por toda respuesta. Aguardó un buen rato, mientras el anciano continuaba manipulando sus muestras. Dos o tres veces se levantó Mike para beber agua del depósito cercano.

Por último, un automóvil se detuvo ante la tienda, sonó la campanilla y compareció un minero de edad madura. Mike le reconoció inmediatamente: el día anterior su camión había chocado contra el coche de aquel individuo. Mientras el vejete de la tienda y el minero se saludaban amistosamente, Mike cayó en la cuenta de que el segundo debía de ser su presunto empleador. El anciano le había calificado de «muchacho», pero porque consideraba la edad de todos desde la cima de sus años...

El recién llegado, a quien Sandy, el anciano, había llamado Jeff, reclamó su informe con impaciencia. Con muchísima cachaza, Sandy buscó entre los trozos de mineral hasta encontrar un gran sobre cuadrado. Jeff leyó el informe y parpadeó deslumbrado.

—¿He leído bien? —murmuró.

—Informe favorable. Puede explotarse —corroboró Sandy.

—Sabía que tenía valor —estalló Jeff regocijado—. Estaba seguro de ello.

—Ciento veintiuna onzas por tonelada. Está bien —declaró Sandy.

Jeff echó la cabeza atrás y rió hasta que las lágrimas acudieron a sus ojos. Luego gritó y jadeó a la vez:

—Puede que lo haya conseguido esta vez... Puede que sí... Decían que estaba todo explotado. ¡Qué suerte, Sandy! Voy a abrir esa mina dentro de dos semanas. Verás cómo lo hago.

Jeff se caló hasta las cejas su deforme sombrero y se preparó a desaparecer de la tienda. Sandy guiñó un ojo a Mike y detuvo al minero preguntando:

—Jeff, ¿necesitas un hombre que te ayude?

—¿Quién? ¿Tú? —se burló Jeff.

—Yo no, idiota. Un ingeniero de minas con título y todo.

—¿Sí?

Jeff hizo una seña a Mike para que se acercara y explicó:

—Este es el ingeniero de que te hablaba.

En cuanto Jeff hubo estrechado la mano de Mike le reconoció como el chofer que tan decentemente se había portado con él en el episodio del choque. Con los ojos brillantes de entusiasmo, el minero dijo:

—Sandy, éste es un hombre honrado —y volvióse hacia Mike, diciendo—: Conque ingeniero de minas, ¿eh?

—Pero bastante mejor ingeniero que conductor de camiones. ¿Va usted a emplearme?

—Veremos, hombre, veremos. Vamos a celebrarlo primero —le contestó Jeff, cogiéndole del brazo.

—Yo estaría mejor con algo más sólido en el estómago, si no le parece mal.

—Claro, me alegro de poder ayudarle. Adiós, Sandy.

Mike consumió un plato de huevos fritos con jamón, atendiendo a las explicaciones de Jeff sobre la mina. El túnel estaba en buenas condiciones, el agua era abundante y lo que era más interesante para Mike, estaba a cincuenta millas de la casa más próxima y a unos mil metros de altura. De momento, esto era todo lo que Mike necesitaba saber.

Jeff recogió el sombrero, que se le había caído durante la exposición, lo miró y exclamó:

—¡Caramba! Tengo que comprarme un sombrero nuevo. A este que llevo le ha nevado encima, le ha llovido y ha sido arrastrado por el viento de la adversidad.

—No le trajo también suerte, ¿eh? —comentó Mike.

—Durante tres años, no, señor. Pero creo que la voy a tener ahora. Podemos sacar quinientas diarias de esa veta... Oiga, quiero firmar un contrato con usted.

—Lo que usted diga —aceptó Mike inmediatamente.

—¿El diez por ciento de toda la plata que usted pueda extraer de esa montaña es suficiente?

Mike notó que su corazón daba un brinco en su pecho al

oir la generosa oferta. Con voz ronca por la emoción y el agradecimiento, repuso:

—¿Suficiente? Ese diez por ciento viene a ser como una propina. Yo sólo deseaba trabajar.

—Eso es lo que yo le ofrezco.

—Ese dinero es suyo.

—Lo obtendré por su mediación. Usted hará el trabajo más duro. Ahora le dejo terminar su desayuno. Yo voy a comprarme un sombrero nuevo y a acercarme al Banco Empire antes de las doce.

—¿Está usted en buenas relaciones con el Banco?

—¿Con un informe como éste? Pero, ¡si esto es dinero! ¿No es un tesoro que vamos a descubrir?

—Claro que sí. Es un tesoro.

—Empaquete sus cosas y preséntese en la oficina de contratación a las dos —recomendó Jeff, levantándose de la mesa.

—De acuerdo.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Jeff lanzó una risotada.

—¡Caramba! He vuelto a olvidar su nombre.

—Mike Lambert —rió Mike a su vez.

—Jeff Cunningham.

Tornaron a darse la diestra y en el firme apretón hubo algo tan cálido, que ninguno de los dos podría negar en adelante que, en aquel momento, quedó establecida una amistad auténtica, honda y viril.

UNA MUJER EXTRAÑA

Poco antes de las doce de la mañana, Mike estaba completamente preparado para salir de viaje hacia la mina de Jeff. Aparte de haber hecho la maleta, se había puesto un pantalón de pana y una camisa de franela gruesa, a la que estaba cosiendo un botón con masculina torpeza, cuando llamaron a la puerta de su cuarto.

Era Paula. Explicó su presencia diciendo:

—No me llamó y he venido a ver si se encontraba bien. Estaba usted anoche muy mal dispuesto.

—¿Sí? —comentó Mike con indiferencia.

—Se comportó como si le molestara mi presencia.

—No, no. Es que tenía muchas cosas en que pensar. Eso es todo —aseguró Mike, enhebrando la aguja que había perdido el hilo por centésima vez.

Paula miró en torno suyo. Había ocurrido algo que había transformado a Mike. Hasta un ciego lo comprendería. La maleta preparada, cambio de indumentaria... ¡hum! Y, sobre todo, su indiferencia con ella...

—Ya lo noté anoche —severó Paula.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que quiere usted escapar de la bebida y de las mujeres. ¿Se trataba de una mujer?

—No tome en cuenta nada de lo que dije anoche. El beber me pone fuera de mí.

Paula dió un paso hacia él, de modo que casi le rozó, y suspiró:

—¡Oh!... Entonces lo lamento.

Dicho esto le arrebató la aguja y acabó de prender el botón en la camisa.

—¿Por qué? —preguntó Mike, temblando al percibir el contacto de sus manos.

—Me dijo que era preciosa.

—Bien... —balbuceó Mike y agregó con voz dura: —Le digo que no recuerdo nada de lo que hago después de un par de copas.

—Se conduce usted como todos los hombres. ¿Se marcha usted? ¿De qué huye usted esta vez?

Las palabras eran un desafío y una tentación. Mike bajó los ojos y, cuando los volvió a levantar, eran los de un hombre decidido y frío, pues no estaba dispuesto a ceder a los manejos de aquella mujer. Y explicó lentamente:

—He encontrado trabajo en las afueras. No se preocupe por su dinero, se lo devolveré.

—Usted sabe que no es el dinero lo que me preocupa —replicó Paula—. Tiene usted más sentido cuando está borracho.

—Es posible.

—¿Tiene usted miedo?

—¿De qué?

—De mí.

Mike la cogió por los hombros y la besó con rabia, alejándola luego de sí con no menor violencia. Paula se quedó sin aliento. Las pupilas de Mike relampaguearon; no eran las de un hombre que teme a las mujeres:

—Esto es para demostrarle su error, señorita.

—Paula es mi nombre.

No se arredaba por la sequedad del acento de Mike. Sabía que le tenía fascinado y que sólo por algún motivo ignorado podía resistir a su atractivo. De pronto, casi desesperado, Mike le aclaró:

—Vine aquí en busca de un empleo. Eso es todo. Ahora ya lo tengo. El patrón me va a dar el diez por ciento de toda la plata que extraiga de la mina. Es la primera oportunidad que tengo desde hace mucho tiempo. Ahora nadie podrá estropearla. Ni yo mismo.

Paula comprendió. Contempló a Mike, que ponía los objetos que llevaba en la americana en una estropeada cazadora. Por lo visto, era inútil intentar disuadirle directamente, y menos utilizando las armas femeninas de la seducción. Hubo un cambio sutil en ella y sonó amistosa su voz.

—Lo siento, no pensaba interponerme.

—Está bien. Olvidelo.

—¿Dónde está esa mina?

Aproximadamente a unas cincuenta millas de aquí.

—¿A quién pertenece?

—A un hombre llamado Cunnighan.

—¿Cuándo se marcha?

—Esta tarde a las dos, si nada lo impide.

—¿Qué puede impedirselo? —exclamó Paula—. Dice usted que todo estaba arreglado.

—¡Ah! Por mi parte nada. Me refiero a la cuestión monetaria. Cunnighan está ahora en el Banco Empire negociando un préstamo. Cuesta dinero extraer la plata de la mina.

—Comprendo. Ya sabe que le deseo toda la suerte que merece, Mike.

—Gracias —respondió Mike, estrechando su mano.

—Si alguna vez necesita que le ayude, mis señas son 21 Clark Street. Adiós, Mike. Buena suerte.

Paula salió al pasillo y, cuando estuvo en él, corrió veladamente escaleras abajo, cruzó el vestíbulo del hotel y entró en la ca-

bina telefónica. Encendió la luz. Marcó un número apresuradamente...

Jeff Cunnighan estaba en el despacho de Stephen Price, en el Banco Empire. Price leía el informe sobre la proporción de plata por tonelada y una sonrisa se agitaba en sus labios. Jeff le era simpático; además, no era un mal negocio hacer aquella inversión.

—Esto me parece muy bien, Cunnighan.

—Señor Price, nunca dice usted una palabra de verdad —rió Jeff.

—Verá, jamás creí que a esa montaña le quedase otra cosa que no fueren rocas —explicó Price—. Tenemos que enviar mañana a uno de nuestros empleados para que investigue la propiedad.

—Me parece muy bien.

—¿Y en cuánto estima usted...? —empezó a preguntar Price, pero le interrumpió el timbre del dictáfono: —Con su permiso, Cunnighan. ¿Diga?

—Helen Bailen al aparato —le anunció su secretaria.

—La llamaré más tarde —contestó Price.

—Dice que es muy importante.

—Póngame —ordenó Price.

Tomó el teléfono y preguntó impasible:

—¿Diga?

—Steve, ¿estás solo? —indagó Paula muy agitada.

—No.

—Entonces escucha. Hay un minero llamado Cunnighan que se dirige a verte o quizá ya esté contigo.

—Sí.

—Ha ofrecido trabajo a nuestro hombre. No sé cómo le ha conocido, pero así es.

Price inclinó la cabeza y atendió atentamente. Luego dijo:

—Comprendido... Sí, es una magnífica idea. Gracias... Adiós.

Price cortó la comunicación, se encaró con Jeff, que aguardaba con paciencia de un hombre seguro de triunfar, haciendo voltear en un dedo un sombrero flamante y nuevo, y exclamó:

—Ahora, Cunnigahn, ¿a cuánto asciende el préstamo que me pide?

—Pues mi presupuesto es de unos treinta mil. ¿Qué le parece? —indicó Jeff cautamente.

Price arrugó la frente y repuso:

—Pues con franqueza, me parece un poco excesivo.

—Pues... ¡qué sé yo! Supongo que podría arreglarme con cinco mil menos.

—Sigue siendo mucho —contestó Price.

—No creí que hubiese tantos inconvenientes —gruñó Jeff, poniéndose encarnado—. He pagado hasta el último centavo que me han prestado y pagado a su debido tiempo. Este Banco me conoce.

—Bien, pero no podemos mezclar los negocios con el sentimentalismo, Cunnighan.

—Esto no es sentimentalismo —gritó Jeff, dando una palmada al informe.

—Veamos lo que le sugiero —dijo Price tras una pausa—: Una letra a vencimiento, pongamos tres meses, por cinco mil dólares.

Jeff se levantó de un salto. Estaba furioso; le abultaban las venas de las sienes y del cuello. Enarboló los puños y tronó:

—¿Cómo? Con eso no me alcanza ni para los primeros trabajos. ¡Lo que está usted haciendo es arruinarme! —dió una zancada, abrió la puerta del despacho y gritó desde el umbral—: He trabajado con este Banco durante quince años, mucho antes de venir usted aquí, mucho antes de que usted se casara con el dinero y mucho antes de que usted ocupase ese asiento. ¡Es la última vez que vengo a este Banco! ¡Me ha hecho usted forjarme ilusiones y luego me deja caer!...

La secretaria de Price observó alarmada al minero y oyó decir de la suave voz de su jefe:

—Lo lamento.

—¡No lo lamente! —rugió Jeff—. ¡Usted tiene la culpa!

Mike estaba recostado en el escaparate del centro de con-

tratación minera, cuando el desvencijado automóvil de Jeff se paró ante él. Su propietario descendió de un brinco y se le acercó luego más lentamente. Mike observó su rostro y presintió que sucedía algo. Jeff se plantó en medio de la acera y masculló:

—Tenemos tiempo de sobra... ¡No hay préstamo!

Mike se irguió, ¡Su mala suerte! Lleno de simpatía, inquirió:

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé con exactitud —rezongó Jeff perplejo—. Ese indigno vicepresidente del Banco... El préstamo estaba conseguido y de repente... No acabo de comprenderlo.

—Hay otro Banco en la ciudad, ¿no es así?

—Pues sí, lo hay, claro... Pero no presta sobre explotaciones de minas. No. Me marché de la ciudad. Y veré a mi antiguo socio, Walt Donevan. Es posible que pueda prestarme un par de miles o quizá más.

—¿Y qué pasa con nuestro contrato? ¿Continúa en pie?—dijo Mike.

—Claro que sí, hombre; claro que sí. Pero ya ve cómo se ponen las cosas... Si no he vuelto dentro de dos o tres días, será mejor que busque otro empleo.

—De acuerdo. Buena suerte, Jeff.

El viejo minero se alejó arrastrando los pies. Mike sintió una gran piedad por él. Había sufrido un terrible desengaño, y todo por el capricho de un hombre. ¡Era inverosímil!

—¡Vaya! Ha sacado de todo esto un sombrero, ¿eh? —gritó tras el minero.

Jeff acarició la prenda con la mano y se la puso airosamente en la cabeza, comentando:

—Es bastante bonito, ¿verdad?

Cuando Jeff hubo desaparecido, Mike estuvo unos segundos ante el escaparate del establecimiento de contratación. ¡Mala suerte la suya! Había encontrado a un hombre honrado, un verdadero amigo, y un empleo incomparable —lejos de la ciudad, con buenos beneficios— y, como siempre, la suerte se le volvía de espaldas...

¡Ya estaba harto de todo aquello! Aguardaría a Jeff unos días y luego... Mientras tanto se divertiría, si le era posible. Pensó en Paula y subió a su habitación del hotel a cambiarse de ropa.

En «La Paloma» le comunicaron que la joven se había despedido la noche anterior. Recordó, entonces, las señas que Paula le diera aquella misma mañana y se dirigió a ellas.

Cuando entró en la casita de Paula, se detuvo consternado junto a la puerta. ¡Vaya una casa lujosa tenía la chica!... Paula le observaba entre asombrada y agradecida de su aparición.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Mike.

—Ciertamente que a ti no. Creí que ya ibas de camino.

—Iba...

—¿Y bien?

—No se arregló lo del Banco.

—¡Ah! Lo siento —murmuró Paula, poniéndose unos pendientes de brillantes.

—También yo —dijo Mike, mirándola insistentemente—. Puede que no me conviniera.

—Síntate, Mike.

Mike tomó asiento en un diván, mientras Paula entraba en su alcoba, cuya puerta dejó abierta para charlar. Mike continuó mirando pensativamente en torno suyo, fijándose en todos los detalles que denotaban un estado de prosperidad no muy corriente.

—Acabo de estar en «La Paloma».

—¿Viste algo interesante? —indagó Paula.

—He oído que abandonas el trabajo. Espero que no será por haberte visto mezclada en mi jaleo.

—No, no. Es que estoy cansada —repuso Paula, regresando a la salita.

—Eres una criatura extraña. Trabajas en un café dudoso y ahora pareces...

—¿Qué parezco? —le animó Paula.

—Estoy tratando de definirlo —contestó Mike paseándose por la habitación.



— Soy ingeniero de mi-
nas — aclaró Mike.



— No le pagaremos ni
un centavo.



— Ese es el hombre a quien deberían detener — dijo Mike señalando al gerente de la agencia.



— Y yo puedo tener el doble de ellos.



Mike subió un número.



Paula se acercó a Mike
y le animó a levantarse.



El propietario del hotel
estaba haciendo un solita-
rio.



El minero reconoció in-
mediatamente a Mike.



—He trabajado con este Banco quince años— rugió Jeff



—Ahora le dejo terminar su desayuno. Voy al Banco Empire.



— ¿Cómo sabes que fue
un crimen?



Llamaron a la puerta.
Era Paula.



El guardia enseñó a Mike un letrero con el nombre de la secretaria.



— ¡No le amenacé! Le miré con desprecio y me marché.



—Pues puede ser una prueba vital — contestó Mike.



—He venido a pagar mi deuda...

—Mike, hay una botella de coñac en la cocina.

—No, gracias. No la necesito.

—¿Qué te pesa hoy? —se burló Paula—. Reniegas del alcohol y de las mujeres... Ese contrato representaba mucho para ti, ¿verdad? —agregó con simpatía, en vista del silencio de Mike.

—Bastante, pero no quiero hablar más de eso.

—Depende de quien te escuche.

—¡Bah! Es una historia breve... Dinero.

—¿Cuánto?

—Más de lo que el Banco quería arriesgar.

Dicho esto, Mike se encaminó hacia la entrada de la casa. Paula hizo un movimiento para contenerle, que disimuló al darse la vuelta el joven hacia ella. Se contemplaron en silencio, él agudamente, ella insinuante. Mike apoyó la espalda en el cristal de la puerta.

—¿Qué planes tienes? —quiso saber Paula.

—Eso depende —respondió Mike pausadamente—. Puede que me quede un par de días para...

—¿Para qué? —insistió Paula, que había notado la significativa vacilación.

—... Arreglar unos asuntos.

—¿Y luego?

—Pues Vancouver, Alaska...

—¡Siempre marcharte! —protestó Paula.

Mike levantó una mano y la hizo callar.

—Aun no —corrigió adelantándose hacia Paula—. Pueden existir varias razones para que me quede.

* * *

Paula se encontró con Price en la esquina acostumbrada de Clark Street. Rápidamente se trasladaron a la finca campestre y sólo al estar en ella, en el momento en que descendieron del

automóvil y lo hubieron metido en el garaje, Paula preguntó a su amante:

—¿Qué ha pasado? Sólo son las cinco. Nunca hemos venido aquí tan temprano. ¿Cuál es el motivo?

—No hay ningún motivo especial —respondió Price simulando indiferencia—. Es sólo que los inspectores del Banco vienen pasado mañana. Es lo corriente. Pero cuando vienen trabajan unas dos semanas y no quiero demorarlo. Creo que sería peligroso.

—Estoy de acuerdo. No podemos esperar tanto.

—¿Cómo va tu coche? ¿Tiene bastante gasolina?

—Pero, Steve, ¿qué pasa con el dinero? —le atajó Paula.

—Está en tu caja de seguridad.

—¿Todo?

—Doscientos cincuenta mil —contestó Price y lanzó una risotada—. Estarán buscando ese dinero desde aquí hasta Los Angeles y todo ese tiempo lo tendrán delante de sus narices, en mi propio Banco, a tu nombre... Paula, en ese abrigo encontrarás una llave inglesa... ¿Qué sabes de tu amigo Lambert?

—Le voy a traer aquí —dijo Paula—. Pero recuerda que es tu casa, no la mía. El sigue creyendo que soy una camarera.

De regreso a la ciudad, Price detuvo el auto junto a un poste indicador que rezaba: «Curva peligrosa a la derecha», y lo estudió satisfecho. Mostrándolo a Paula, dijo:

—Ahi es donde pararé y donde tú...

—Ya lo sé, Steve. Pero me preocupa una sola cosa... ¿Y si le encontrasen algo que permitiese identificarlo?

—Cuando ocurre un accidente puede haber un incendio.

—Suponte que no lo hay...

Price sonrió siniestramente y aseguró convencido:

—Lo habrá. No quedará nada que le pueda identificar y Lambert se convertirá en Price. Un justo final para un estafador...

Descendieron del automóvil y se acercaron al abismo por donde se despeñaría el coche con el supuesto Price. Tendría unos cien metros de profundidad y la pared estaba compuesta por durísimas rocas capaces de destrozarse el acero mejor templado.

Paula se cogió del brazo de Price y murmuró:

—Por primera vez creo de veras qué va a pasar.

—Mañana por la noche —le recordó Price.

—Mañana por la noche —repitió la joven.

Una vez en la ciudad, Paula bajó del vehículo en la esquina de Clark Street y anduvo rápidamente hacia su casa. Cuando estuvo bastante lejos, una sombra se destacó de una de las columnas del puesto de gasolina. La luz de la farola le iluminó el rostro. Era Mike.

Después de dar una feroz chupada al cigarrillo, Mike lo arrojó contra el suelo con rabia impotente y se apartó de aquel lugar.

EN LA RATONERA

Mike entró como un torbellino en «La Paloma», se acercó al mostrador y dió una palmada en él para llamar la atención del barman. Este le informó de que, en efecto, la sala de juego estaba abierta.

Mike sacó del bolsillo su hermoso reloj y lo depositó sobre la tabla, diciendo:

—Es suyo por diez dólares. El mismo reloj y sigue andando. ¿Trato hecho?

—De acuerdo —contestó el barman, dándole unos billetes—. ¿Bebe?

—No.

La sala de juego era un cuartucho mal iluminado y sucio, cuya puerta estaba guardada por un individuo patibulario, cuyo «croupier» iba en mangas de camisa y cuyos jugadores, hombres de baja estofa, se apañaban en torno de una mesa, sobre la cual volaban los dados.

Mike cubrió una apuesta y ganó. Entonces ocupó uno de los números. Cuatro jugadas le pusieron en las manos un montón de billetes. Mike se los guardó en el bolsillo y abandonó la sala de

juego con la misma presteza con que había llegado, sin hacer caso de las protestas de los maravillados jugadores.

Una vez en el bar, rescató su reloj por veinte dólares y salió del local, jurando no volver a poner los pies en él.

Cuando entró en casa de Paula ésta le estaba esperando. Al ver su rostro se puso en pie lentamente. No se necesitaba ser un adivino para tener la certeza de que algo había trastornado a Mike.

—He venido a pagar mi deuda —anunció éste, y fué arrojando los billetes de Banco sobre un sillón: —Cuarenta, cincuenta... Esto es por la bebida. Tres dólares por la habitación número siete. Cinco dólares que me diste, fuese para lo que fuesen los cinco dólares... Y esto... por las molestias...

—¡Mike, eso es un insulto! —gritó Paula.

Se midieron con los ojos. Paula había palidecido. De pronto había descubierto cuán necesario le era Mike, no sólo para sus planes, sino por la honda impresión que sentía estando a su lado. Era un muchacho violento, dueño de sí, acostumbrado a mandar. Y en aquel momento la estaba midiendo por el rasero debido.

—No podría insultarte. Eso no sería posible—contestó Mike.

—¡Estás borracho!

—¡Ojalá lo estuviera! —exclamó Mike con pasión, que indicó a Paula cuán enamorado estaba de ella— ... Ahora ya empiezo a ver claro. Una camarera que no lo parece, que deja de trabajar... ¿Por qué? Porque está cansada... Perfumes caros, mucho dinero... Dinero para malgastarlo con un tipo como yo pagándole lo que debe, alquilándole una habitación. ¿Para qué? ¿Por broma?

—¿Has acabado?

—Sí, he acabado y ahora me marcho de aquí.

Por un instante, Paula creyó que se trataba de una simple escena de celos, pero al verle avanzar decidido hacia la puerta se dijo que tenía que hacer algo sin pérdida de tiempo.

—Te marchas, pero antes vas a decirme...

—No tengo nada que decirte.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Estaba parado en la esquina de Clerk Street hace una hora.

—¿Y qué? —le desafió Paula, pensando intensamente y suponiendo acertadamente que Mike no barruntaba la verdad.

—Un coche paró en la curva.

—¿Conociste a quien lo ocupaba?... Tienes que saberlo. Era Price, el actual vicepresidente del Banco Empire... ¿Ya no te interesa el contrato con Cunnighan?

—Bien. ¿Y eso qué tiene que ver?

El acento de Mike había cambiado perceptiblemente. Ya no era belicoso; sólo rebelde y testarudo. Pero estaba dispuesto a escucharla, primero porque había despertado su interés y segundo porque ansiaba creer en ella, en alguien.

—He persuadido a Price para que vuelva a interesarse por el préstamo. Vendrá mañana con nosotros a visitar los terrenos de Cunnighan. ¿Lo comprendes, Mike? Tendrás tu contrato.

—¿Qué has hecho para persuadirle?

—¿Qué importa eso ahora?

—Importa mucho. No quiero que una mujer se exponga por mí.

—Deseaba que encontrases empleo —le dijo Paula—. No quería dejarte marchar. Quería que ganases dinero.

—¿Cómo puede una camarera de «La Paloma» llegar a conocer al vicepresidente de un Banco?

—Va mucha gente a «La Paloma».

—Eso he oído —declaró Mike con sarcasmo.

Paula agitó los brazos y con una sonrisa forzada explicó:

—De un modo u otro una chica inteligente se entera en qué armario una familia guarda su secreto. Y cuando conoce ese secreto... triunfa.

—¿Cuál es el secreto de la familia Price? —preguntó Mike, luchando entre el orgullo y la curiosidad.

—La señora de Price. Pero es una historia muy larga. ¿Vas a quedarte a escucharla?

Mike abrió y cerró las manos indeciso, hasta que el último

resto de amor propio quedó barrido por la intensa y acariciadora mirada de Paula. Rió el joven y exclamó:

—¿Dónde están los cigarrillos?

—En el mismo sitio de anoche.

El señor Stephen Price se marchaba al día siguiente del Banco, anunciando a su secretaria que iba a visitar la mina de Cunningham, y agregó:

—Deseo ver a los inspectores cuando lleguen a primera hora de la mañana.

Durante el viaje hasta la mina, Paula asistió aprobadoramente a la conversación de Mike y de Price, que ocupaban el asiento delantero del automóvil del segundo. Hablaban como dos hombres de negocios que miden cortésmente sus fuerzas. Mike accedió encantado a la petición del vicepresidente de mandar los ingenieros del Banco a hacer un informe privado.

Mientras Paula les aguardaba al aire libre, Price y Mike recorrieron e inspeccionaron la mina, recogiendo trozos de mineral para observarlos a la luz del día.

—¿Le parece que nos volvamos a llevar estas muestras y que las examinen de nuevo para su confirmación? —propuso Price cuando estuvieron de nuevo al lado de Paula.

—Como quiera.

—Nos dará una idea más exacta.

—Está bien —aceptó Mike—. Un instante. Voy a buscar algo en que envolverlas.

Mientras Mike entraba en la cabaña de Jeff Cunningham, Price se aproximó a Paula, pero no más de lo que la situación hacía lógico. Paula le hizo un guiño y preguntó con voz suficientemente fuerte para ser oída desde la cabaña:

—¿Todo va como desea, señor Price?

—Me parece que sí —contestó Price en el mismo tono.

Un minuto después, Mike salió de la cabaña con una maleta y decía:

—He tenido que coger esta maleta de Cunnighan, pero creo que no se enfadará.

Metieron la maleta con las muestras de mineral en el porta-equipejes del automóvil y subieron a su vez, ocupando las mismas posiciones que a la ida, es decir, Paula detrás y los dos hombres delante. Corrían ya por la sinuosa carretera, cuando Price se lamentó:

—Verá, señor Lambert, creo que estuve un poco duro ayer... Cunnighan, por su parte, fué un poco grosero y yo me enfadé, es natural.

—No creo que Cunnighan pretendiese ofenderle.

—Bien, está perdonado. Y ahora creo que vamos a ganar algunos dólares.

Mike se enderezó alegremente al oír la diplomática declaración de que se les concedería el préstamo, y Paula le puso una mano en el hombro exclamando:

—Pues esto hay que celebrarlo.

—No es mala idea —aprobó Price—. ¿Dónde le gustaría que parásemos?

—No conozco nada de estos lugares —confesó Mike.

—Propongo una cosa. Volvamos a mi casa. Tengo unas botellas allí. Estoy seguro de que lo pasaremos bien —ofreció Price.

—Necesito algo para entrar en calor —gimió Paula en son de broma.

—Por mi parte me he retirado del alcohol —declaró Mike.

—Pero un vasito no puede perjudicar demasiado a un hombre, ¿no le parece? —preguntó Price.

Mike hubo de contestar afirmativamente. Era difícil mostrarse testarudo con un hombre tan amable y simpático como el señor Stephan Price.

Este demostró que era también un anfitrión perfecto una vez estuvieron en su casa de la montaña. Les rogó que se pusie-

ran cómodos, se cuidó de sus sombreros y del abrigo de Paula y luego se encargó de preparar la bebida en un bar disimulado en la librería, cerca de la monumental chimenea.

Ni Paula ni el banquero descubrieron las relaciones que les unían. Mike estaba absolutamente convencido de que sólo se conocían de tratarse en «La Paloma».

—Un poco de jerez —suplicó Paula.

Price llenó una copita y Mike fué a entregársela a la joven, que descansaba en el diván.

—¿Whisky, Lambert?

—Está bien, sólo un poquito —accedió Mike—. Creo que Cunningham se pondrá muy contento cuando se entera de esto.

—Sí, espero que hagamos un buen negocio.

—Bueno, para que tengamos suerte —dijo Mike, alzando su copa.

—Y un pequeño extra —añadió Paula.

—Por todos nosotros —concluyó Price.

Apuraron sus copas y vasos y los depositaron en el bar. Price dió un codazo disimulado a Paula. Era aún de día. Tenía que ganar tiempo, ingeniar algo para retener a Mike en la casa hasta la noche. El fértil magín de Paula no tardó en encontrar un buen pretexto.

—¿Alguno de ustedes tiene apetito? Yo estoy hambrienta.

—Vámonos —respondió Mike—. Tiene que haber por aquí algún restaurante.

—Nada de eso —protestó Price—. Tengo varias cosillas en la nevera: huevos, jamón, lo corriente. Y si la señorita Craig quisiera...

—Muy bien —aceptó Paula—. ¿Dónde está la sartén?

—Ahí.

Price señaló hacia la cocina. Esta formaba parte de la misma sala y sólo fingían separarla de ella unos tabiques dotados de aberturas apaisadas, por los cuales era posible dominar cualquier punto de la casa, exceptuadas las habitaciones del primer piso.

Mike acompañó a Price y a Paula hasta la cocina. Admiró la

hermosa nevera y los brillantes utensilios. Después, recordando que se había ensuciado las manos al recoger las muestras de mineral, preguntó a Price:

—¿Dónde puedo lavarme las manos?

—Allí, subiendo esa escalera —le informó Price, indicando una puerta que daba a la galería del primer piso.

—Está bien.

Mientras sus compañeros se encargaban de los manjares, Mike entró en el lavabo. Se lavó concienzudamente las manos y se arregló el nudo de la corbata ante el espejo. Luego giró sobre sí mismo, dispuesto a salir de la estancia. Pero vio algo que le detuvo.

Colgada en la pared interior de la puerta del lavabo había una bata blanca. ¡Y llevaba el nombre de Paula bordado en negro sobre el pecho!

¡ASESINO!

Mike se tambaleó como si le hubieran dado un mazazo. Hasta aquel momento no había comprendido cuán enamorado estaba de Paula. Un volcán de celos entró en erupción en su corazón y le hizo ver todo rojo. Se dominó con esfuerzo. Y procuró pensar...

Pero le era imposible pensar. Únicamente podía sentir y lo que sentía era un verdadero infierno para su espíritu. ¡De nuevo engañado! ¡Otra vez como siempre! ¡Zarandeado, engañado, humillado, envilecido!...

¡Lo mejor era acabar de una vez para siempre!

Salió a la galería y echó una mirada a Paula y a Price, que en la cocina fingían hablar como dos simples conocidos. ¡La situación casi le hizo reír! Con paso seguro descendió la escalera y se detuvo ante el bar. Se sirvió una copa, luego otra.

Price y Paula cambiaron una mirada, extrañados.

—¿Ha encontrado de todo, Lambert? —preguntó Price.

—Sí.

Dió Mike la respuesta sin volverse hacia él. Una tercera copa fué vaciada. Paula casi protestó:

—¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué bebe?

—Por usted —brindó irónicamente Mike, y se sentó en el diván.

—¿Quiere venir con nosotros a la cocina, Lambert? —invitó Price.

—Prefiero quedarme aquí.

Price y Paula murmuraron unas palabras, y el primero subió al piso superior, aprovechando un descuido de Mike para entrar en el lavabo. La bata aun se balanceaba en el cuelgarropas que pendía de la puerta. Esto bastó para que Price comprendiera.

Volvió a la cocina y miró de soslayo a Mike. Se había medio tumbado en el diván sin soltar la botella y la copa. El cigarrillo encendido en sus labios le obligaba a cerrar los ojos para defenderlos del humo. Parecía estar durmiendo.

Paula, sin apartar los ojos del joven, cuyo carácter violento le imponía respeto, preguntó a Price en un susurro:

—¿Le ha pasado algo?

—Ya sé... Ha visto arriba tu bata.

—¿Mi bata?

—Está enamorado de ti.

Paula sintió que se ruborizaba. Agradeció que Price no la mirara.

—¿Y qué podemos hacer? —balbució.

—Déjale beber. Nos facilitará mucho las cosas.

Fue una extraña espera. Esperaban que llegase la noche y esperaban que un hombre se embriagara para conducirlo a la muerte. Un hombre joven, apuesto, lleno de vida, engañado por sus semejantes, maltratado por la vida...

Paula estudiaba a Mike desde la cocina, entre bocado y bocado. Sentíase muy impresionada por lo que iba a ocurrir. Se negaba a descifrar el jeroglífico de sus sentimientos, puesto que presentía que el hacerlo resultaría peligroso para sus proyectos. Había sufrido y ansiado durante muchísimo tiempo, ¿sería una locura entregarse a una necia debilidad en el momento supremo!...

Price lanzó un respingo. Mike había rodado sobre el diván y la botella había caído de su mano.

Paula se acercó al muchacho y le examinó. Casi estaba inconsciente. Se puso la joven el abrigo y avisó a Price:

—Ya está borracho. Tendrás que llevarle a cuéstaras.

Emprendieron el regreso hacia la ciudad. Paula había vuelto a acomodarse en el asiento posterior. Price conducía y Mike llevaba la cabeza apoyada en el respaldo. Nadie habló durante el trayecto hasta la curva elegida. No obstante...

Paula apretaba ferozmente la llave inglesa con la que había de golpear a Mike. El metal le quemaba los dedos, mientras contemplaba alternativamente las nuca de los dos hombres que iban delante de ella. Estaba segura de que daría el golpe mortal. Esto no era ningún problema para ella. Lo había ejecutado montámente tantas veces, que el ponerlo en práctica sería como la realización de un gesto corriente.

Pero había otro problema importantísimo y Paula había de resolverlo antes de llegar a la curva. Un destello de tiempo había bastado para hacerle pensar en que la vida de los dos hombres estaba en sus manos: la de Price, que tan confiado conducía delante de ella; la de Mike, que yacía inconsciente, porque la amaba. ¿Contra quién descargaría la llave inglesa?

Ella no amaba a Price, que sólo había sido un escalón para alcanzar lo que se proponía. Price era un rufián educado. El cálculo más elemental convencía a Paula de que no debía confiar en él. Si había sido capaz de traicionar al Banco y a cuantos en él creyeran, no había motivo para esperar que no intentara también engañarla a ella. Le había hecho firmar la tarjeta de la caja de seguridad y se la había entregado; en cambio, se había hecho el sordo cuando le insinuó la conveniencia de que las llaves de la caja estuvieran asimismo en su poder.

Y Mike, al contrario, era generoso, abierto, impulsivo, valiente y apasionado, cualidades todas muy propias para impresionar a una mujer del temperamento de Paula. Si le manejaba con destreza, haría de él lo que se le antojara... Además, era la

novedad. Además, había introducido en su existencia cierto sentimiento maternal: tenía que protegerle, continuamente estaba desvalido. Además, por último, estaba enamorada de él, aunque hasta entonces no lo presintiera.

De todas formas, Paula no había tomado una decisión cuando el auto se paró en la curva fatídica...

Paula sacó la llave inglesa de debajo del abrigo donde la llevara escondida. Ni Price ni Mike se movieron. Paula levantó el brazo, miró repetidas veces a ambos hombres, hizo una inspiración y...

La llave inglesa golpeó dos veces.

Price, con el rostro cubierto de sangre, se desplomó sobre el volante.

Paula abrió la portezuela, por la parte de Price, y arrojó la llave inglesa a sus pies. Con sumas precauciones, le sacó del bolsillo las llaves de la caja fuerte. Cerró la portezuela y corrió a la parte de Mike.

—Vamos, Mike, vamos —suplicó, tirando de él con todas sus fuerzas.

—Paula... —murmuró el joven.

Empleando todo el vigor de sus músculos y aprovechando la chispa de conocimiento que aun ardía en el cerebro de Mike, consiguió arrastrarle al exterior. La cabeza del joven chocó contra la parte superior de la portezuela, produciéndose una ligera herida, en la que no reparó Paula.

Esta, después de haber dejado a Mike a salvo, aflojó los frenos de mano del coche y le dió un fuerte empujón... hacia la curva...

. . .

Aun dormía Mike en la sala, cuando, al día siguiente, Paula se marchó a primera hora de su casita para dirigirse al Banco. Los vendedores de periódicos voceaban en todas las esquinas:

«¡Banquero muerto en accidente!»... Paula lanzó un suspiro de alivio. Todo había terminado ya. En cierto modo, resultaba irónico que Price hubiera trabajado tanto en planear su propio asesinato.

Pero cuando llegó al Banco, Paula vió un letrero que anunciaba que el establecimiento permanecería cerrado todo el día debido a la trágica muerte de su vicepresidente.

Paula sintióse contrariada. ¡No había contado con aquello! Algo tenía que pagar por haber cambiado el plan primitivo. Tampoco significaba mucho esperar hasta el día siguiente.

Entretanto, Mike había despertado en la casa. Le dolía la cabeza de un modo harto singular; al dolor que queda como secuela de la embriaguez se sumaba otro candente. Llevóse la mano a la frente y entonces advirtió que su diestra estaba sucia de sangre. También tenía una herida en el borde del cuero cabelludo.

¿Cómo había llegado a casa de Paula? ¿Cómo estaba en ella? ¿Y cómo se había producido aquellas dos heridas, que parecían el resultado de una pelea? Pero el alcohol había borrado toda memoria de su cerebro.

Se lavó. Estaba secándose el rostro, cuando oyó entrar a Paula y fué a su encuentro poniéndose la americana.

—¿Qué me ha pasado?

—¿No lo recuerdas? —preguntó Paula a su vez, empezando a representar el papel que se había trazado.

—No, lo único que recuerdo es un vestido blanco.

—Mike, no pretendas averiguar más.

—No, no lo pretendo.

—Te he mentado acerca de Price, pero hay que olvidarlo. Eso es el pasado. Todo eso fué antes de conocerte, ¿no lo comprendes, Mike?... Price jamás significó nada para mí...

Pero Mike estaba demasiado escarmentado por sus anteriores experiencias para conceder importancia a las frases de Paula. Por lo tanto, la tranquilizó:

—Nada me importa lo que significó para ti. Yo no quiero mezclarme en esto.

Paula jugó su carta decisiva. Puso ante los ojos de Mike el periódico que acababa de adquirir y le preguntó:

—Mike, ¿has visto esto?

El joven leyó los titulares y se quedó trastornado.

—Stephen Price muerto en... ¡Eso no es posible! ¡Estábamos con él! Aquí dice que iba solo en su coche. ¿Has visto a la policía? El accidente...

—No podemos tratar con la policía. No ha habido tal accidente.

Mike se levantó como si hubiera adivinado lo que iba a seguir.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo has matado, Mike. ¿No lo recuerdas?

—¿Yo?—murmuró Mike horrorizado—. ¡No, no, no!...

—Yo traté de impedirlo. Estabas borracho. Le acusaste de engañar a sus clientes. Cuando dijo que no haría el préstamo, te pusiste furioso. Cayó sobre la chimenea hiriéndose en la cabeza.

—¿Y le maté?

—No. Fue sólo un accidente —y agregó corriendo tras él—: ¿Adónde vas?

—A la comisaría.

Paula no había contado con esta reacción. Creía que Mike era un hombre que había rodado al fondo de su degradación moral y aquel inesperado impulso la pilló desprevenida. No obstante, le cogió por los brazos y, poniendo en juego todo el encanto de su belleza, protestó:

—No puede ser. Ha muerto y por mucho que la gente sospeche es sólo un accidente... Escúchame, si vas a la comisaría te detendrán. Viniste a esta ciudad hace poco y nadie creerá que no eres el asesino. Me detendrán también. Yo he sido tu encubridora. Simulé que había sido un accidente.

Mike dejó caer los brazos desalentado. Price, Paula, un crimen... Paula que le había engañado dos veces... ¿Podría creer

en ella? ¡Qué más daba! Un desaliento terrible se había adueñado de él.

—¡Y yo que pensaba que ya había arreglado mis asuntos!
—masculló.

—Ve a hacer tu equipaje. Vamos a salir de la ciudad... mañana.

Mike abrió la puerta de la casa y vaciló en el umbral. Con voz sorda, avergonzada, rugió:

—Estoy otra vez al principio. ¡Qué espanto!

LA PISTA

Mike estaba tomando café en el mostrador de un bar reflexionando acerca de lo que debía hacer. Había matado un hombre. Accidentalmente, o lo que fuera, pero la realidad era que había matado un hombre. Y su conciencia no le dejaba en paz.

Entró una pareja de novios y se sentó a su lado. El muchacho desplegó el periódico y leyó ávidamente los titulares. Después anunció:

—El accidente de automóvil se convierte en un crimen.

Mike se volvió como una centella hacia él. La novia preguntó:

—¿Cómo sabes que fué un crimen?

—Lo dice aquí, en el periódico. Un golpe en la cabeza con un instrumento contundente, que le ocasionó una hemorragia cerebral.

—¡Es horrible! ¿Han cogido al criminal?

—Lo cogerán en seguida —aseguró el novio.

Mike pagó su café y se fué del bar como alma que lleva el diablo. Debajo de los titulares del periódico había visto la foto-

grafia del presunto asesino. Este era, ni más ni menos que Jeff Cunningham, el simpático y generoso minero.

Mike se trasladó sin pérdida de tiempo a la cárcel. Pidió y consiguió una entrevista con Jeff. Media hora más tarde se encontraba en una sala con éste, vigilados desde el otro lado de unas rejas por unos guardianes. Tenían cinco minutos para hablar...

Jeff tenía los párpados rojos y el aspecto cansado. Mike le estrechó calurosamente la mano y le preguntó:

—¿Cómo está usted, Jeff?

—Mal. ¿Cómo quiere que me encuentre con una acusación como ésta contra mí?

—Lo comprendo.

Tomaron asiento a uno y otro lado de la mesa dividida por una tabla perpendicular. Se observaron unos segundos. Jeff, al fin, estalló:

—Mike, usted sabe que no fui yo. No soy capaz de matar ni a una mosca. No me era simpático, pero de ahí a matarle...

—Esté tranquilo, Jeff. Claro que no fué usted y lo podemos probar antes de que le juzguen.

—Lo siento, Mike. Yo no había pensado escapar, pero no sé cómo podré defenderme.

—Le queda una coartada. ¿Se había marchado para ver a su amigo Donevan?

—Esa es la verdad, pero no le encontré —respondió Jeff desalentado—. Estuve esperándole toda la noche y, como no apareció, al día siguiente regresé a la ciudad.

—Pero aquí aseguran que usted llegó a amenazar a Price —dijo Mike señalando el periódico.

—No hay tal cosa —gruñó Jeff indignado—. Fui a verle a propósito del préstamo y primeramente me dijo: «Sí, Cunningham; muy bien, Cunningham. Le haremos a usted ese préstamo»... Entonces, nos interrumpieron. Habló por teléfono y cuando terminó de hablar no quiso saber nada del préstamo. Me ofreció cinco mil. No le amenacé. Le miré con desprecio y me marché.

—Ya sé que no lo hizo —afirmó Mike, atormentado por su conciencia.

—Sí, claro; pero dicen que mi maleta estaba en el coche destrozado, Mike, yo le juro que no sé cómo eso pudo ser. Yo no iba con él.

Mike inclinó la cabeza hacia la mesa, respiró hondo y dijo de pronto, con el aspecto de quien se tira de golpe a una piscina llena de hielo:

—Jeff, yo fui el último que vió a Price.

—¿Usted? —murmuró Jeff, ronco de asombro.

—Sí, fuimos a visitar la mina. Había cambiado de parecer acerca del préstamo.

—¿Pensaba hacérmelo?

—Luego se volvió atrás otra vez... Entonces es cuando debí matarle.

—¿No está usted seguro? —susurró Jeff.

—No, no sé nada... —se desesperó Mike—. Había bebido bastante y...

Jeff le escrutó el semblante y se percató del martirio espiritual de aquel joven. Era imposible hablar con tanta sinceridad y ser un asesino. En alguna parte había un enredo horrible. El minero dió un puñetazo en la mesa y protestó:

—Usted no ha matado a nadie. Está lo mismo que yo.

—No lo sé.

—Hay algo extraño en la conducta de Price —musitó Jeff— rascándose la barba con una uña—. Cambia de parecer, vuelve a cambiar. No lo entiendo...

—No, no estaba loco, ni mucho menos —de pronto Mike tuvo una idea y gritó:—Espere un momento Jeff. ¿Usted dice que cuando estaba en su despacho le llamaron por teléfono?

—Así es. Y estuvo hablando.

—Bien. ¿Y qué dijo?

—Nada. Solamente así, no, sí, no.

—Ya, ya... ¿Y con quién estuvo hablando?

—No puse atención. Una llamada por teléfono no podía importarme.

Mike se frotó las manos y dijo para sí:

—Sí, puede ser algo importante y puede no serlo, pero es nuestra única pista.

—La policía debería conocerla —objetó Jeff.

—Se apresuraría a meterme en la cárcel.

El guardia les notificó que había terminado el tiempo de la entrevista y los dos hombres se levantaron, llenos de confianza el uno en el otro, seguros de que habían encontrado en su compañero a un amigo capaz de sacrificar su vida, si fuera necesario, por él. Se estrecharon las manos con fuerza.

—Mire, Jeff, creo que tengo una idea de quién puede haber sido —afirmó Mike excitado—. Pero lo que no comprendo es el por qué. Necesito tiempo para averiguarlo, pero yo le prometo que no estará usted aquí más de veinticuatro horas.

Jeff se encogió de hombros y se encaminó hacia el interior de la cárcel. En el umbral de la verja se volvió a decir:

—Bueno, día más o menos no tiene importancia. Mike, no se meta usted en más líos por mí.

—No pase cuidado, Jeff.

No mentía Mike cuando aseguraba tener una idea sobre quién era el verdadero criminal, pero esta idea era tan horrible, que incluso su innato y rígido sentido de la justicia se rebelaba al pensar en ella. Por otra parte, lo mejor era investigar y comprobar si los hechos casaban con su teoría y entonces... Entonces llegaría el tiempo de pensar y de sentir...

Diciéndose todas estas cosas, salió de la cárcel y se trasladó al Banco Empire, cuya puerta continuaba cerrada. A pesar del cartelito explicativo, Mike golpeó con energía el cristal, atrayendo al policía que montaba guardia en el edificio.

—Vengo buscando a la secretaria del señor Price.

—¿A quién? —preguntó el policía, sin duda a gritos, pero su voz sonó débilmente.

—A la secretaria del señor Price —voceó Mike.

—Pues no está aquí.

—Ya lo sé. ¿Cómo se llama?

—No sé su nombre. ¿Qué quiere usted saber de ella?

—Necesito verla. Soy un periodista. ¿Podría decírmelo?

El guardia desapareció unos segundos. Cuando reapareció llevaba en la mano un letterito de sobremesa con el nombre de la secretaria: «Señorita Woodworth.»

Mike demostró su agradecimiento con un saludo y se marchó sin preocuparse de enterarse de cuál era la dirección de la secretaria. Demasiadas preguntas podían alarmar al policía.

Pasó toda la tarde yendo de un lado para otro de la ciudad para visitar a los Woodworth existentes en ella. Hasta aquel momento no había tenido mucho éxito. Cerraba la noche, cuando atravesó un minúsculo jardín y subió al porche de una tranquila casita, a cuya luz leyó el nombre de la propietaria, uno de los que faltaba por tachar en la página arrancada de un listín de teléfonos.

«Jane Woodworth.»

Pulsó el timbre.

Le abrió la puerta un hombre alto y ancho de hombros, de rostro curtido y malhumorado.

—Quisiera ver a la señorita Woodworth.

—Se ha retirado a descansar. —gruñó el individuo y quiso darle con la puerta en las narices.

Mike metió el pie y la puerta quedó abierta. El rostro del hombre se ensombreció. Mike no se alteró y preguntó cortésmente:

—¿Es la muchacha que trabaja con el señor Price?

—Soy su marido. ¿Para qué quiere usted verla?

—Soy un redactor de «La Crónica».

—Escucha, amigo. Todos los periodistas de la ciudad han estado interrogando a mi mujer; el teléfono no para de sonar en todo el día. La han mareado hasta el punto de que ya ni sabía lo que decía. ¿Por qué no la deja usted descansar y vuelve mañana?

Mike pensó que aquel malhumorado individuo era más amable de lo que su aspecto prometía y se atrevió a decir:

—Caballero, esto es muy importante. Hay un hombre en la cárcel...

—Mañana seguirá estando en el mismo sitio —le interrumpió Woodworth.

—Puede depender de ello su vida y lo único que pido es una entrevista de un minuto con la señora Woodworth.

En el interior de la casa sonó una voz femenina.

—Déjalo pasar, Jack.

Jack se hizo a un lado y Mike quedó delante de su esposa. Era una joven morena, hermosa y de ojos bondadosos. Estaba haciendo labor de media. Mike se quitó el sombrero y ocupó un taburete que había ante la señora, mientras Jack se cruzaba de brazos y mascullaba y maldecía contra aquel intruso tan decidido.

—Señora de Woodworth, voy a ser muy breve. Se trata de Jeff Cunnighan. ¿Dijo usted que oyó una ríña?

—Sí. Estaba insultando al señor Price.

—Bien. Mientras Cunnighan estaba en el despacho del señor Price, éste recibió una llamada telefónica, ¿no es así?

—Le llamaron unas doce veces —sonrió la joven señora.

—¿No llamó usted al señor Price por el teléfono interior mientras Cunnighan estaba allí?

—Sí, lo hice. ¿Es importante?

—Pues puede ser una prueba vital. ¿Quién fué quien le llamó?

—Déjeme pensar.

—Trate de recordar.

Jack Woodworth, que por algún motivo oculto había cogido antipatía por su imperioso visitante, salió de su mutismo y dijo a su esposa:

—No tienes que contestar a eso si no quieres. No es un agente de policía.

—Hago mi oficio—se excusó Mike—. ¿Fué hombre o mujer quien llamó?

—Fues fué una mujer.

Jack se dispuso a marcharse de la habitación. Su mujer estaba dominada por aquel tipo y diría cuanto le preguntasen. Mike, mientras tanto, se había echado adelante en el taburete y exclamó:

—¿Cuál es su nombre? Trate de recordar. Necesito saberlo.

—Pero, ¿por qué esa prisa?—gritó Jack.

—Tengo que prepararlo todo para la edición de la mañana...

Mire, su esposa está tratando de colaborar. ¿Por qué lo impide usted?

La señora Woodworth tranquilizó a su esposo con un gesto y se puso a murmurar nombres, diciendo que tenía el indicado en «la punta de la lengua». Mike sudaba sangre.

Mientras tanto, Jack había marcado un número en el teléfono y preguntó:

—No han mandado ningún redactor, ¿verdad?... Justo, lo que yo me figuraba. No... Envíe a la policía. Yo le retendré aquí... Sí, será para mí un placer.

Regresó a la salita y se adosó a la puerta, esperando con ansiedad el momento de aplastar las narices a aquel impostor, seguro de que sus músculos darían buena cuenta de él. Le sacó de estos risueños pensamientos un grito de su esposa, que aseguraba radiante:

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo recuerdo!... ¡Helen Bailey! Ese es el nombre... ¡Helen Bailey!

—¿La conoce usted?—preguntó Mike tomando nota.

—No, pero llama tres o cuatro veces por semana... Helen Bailey, eso es.

—Gracias, me ha ayudado mucho—dijo Mike agradecido poniéndose de pie.

En la puerta estaba Jack Woodworth en una posición muy significativa. Suavemente preguntó:

—¿Qué le parecería una taza de café antes de marcharse?

—No, no, gracias. Tengo prisa.

Jack le cogió del brazo cuando quiso abrir la puerta y le anunció con rencoroso placer:

—No se precipite, joven. «La Crónica» no publica ninguna edición por la mañana. No la publicó nunca. ¡Siéntese!

Confiado por tener mayor tamaño, quiso arrastrar a Mike. Este le apartó de un empujón. Jack levantó su brazo y... Y recibió uno de los directos más fulminantes que se habían descargado en la ciudad. Avergonzado de sí mismo, Mike se volvió hacia la simpática secretaria y murmuró:

—Lo siento.

Dió una zancada sobre el cuerpo de Jack y pasó al jardín. Oyó las sirenas de un coche de la policía. Conque Jack había avisado a los guardias, ¿eh? ¡Menudo cerdo! En vez de salir a la calle, atravesó varios jardines, corrió por un camino lateral...

La policía le iba acosando. Finalmente se encontró en las afueras, ante la reja de una fábrica. De un salto felino se encaramó a ella y se dejó caer al otro lado, corriendo a ocultarse tras unos montones de piedras.

Los reflectores de la policía registraron con sus haces los bultos que había en aquel patio y se apagaron al no encontrar nada sospechoso. Un segundo más tarde, el alarido de las sirenas se perdía en la distancia.

Mike lanzó un suspiro. Todavía le faltaba lo peor. Casi estaba seguro de saber quién era Helen Bailey. Pero tenía que comprobarlo... Aunque tenía la certidumbre que eso significaría el fin de su alegría para siempre...

TRISTE RECOMPENSA

Paula había sufrido más en las última veinticuatro horas de lo que jamás creyó poder soportar. La ausencia de Mike, su extraña conducta, el Banco cerrado, la policía que había descubierto el crimen... Todo esto se confabulaba contra su tranquilidad espiritual.

Deseaba ir al Banco. Eran ya las nueve y cuarto, como le anunció la telefonista, y estaría abierto. Pero no se atrevía a marcharse de la casa sin saber, por lo menos, el paradero de Mike. El amor por él había brotado avasallador en su alma, sintiéndose incluso capaz de arriesgar el dinero tan ambicionado y su propia libertad por esperarle. Pero se ha de tener en cuenta que Paula era, al fin y al cabo, mujer, que se hallaba en un aprieto y que necesitaba del apoyo de un hombre para desafiar con valentía los acontecimientos.

Por consiguiente, el corazón le dió un brinco al ver entrar en su casa a Mike. Estaba ojeroso y pálido. Parecía preocupado. Pero era él, el hombre que amaba y que necesitaba. Corrió a abrazarle exclamando:

—¡Mike! ¡Qué alegría!

—Hola, Paula — respondió Mike devolviéndole el beso sin mucho calor.

—He pasado la noche sin dormir preocupada por ti, ¿Dónde has estado? ¿Qué estuviste haciendo?

—Pensar.

—¡Oh! No pienses más en ello. No podemos arreglarlo. Abandonaremos la ciudad dentro de un par de horas... Voy a servirte un poco de café.

Mike se sentó en el diván con un suspiro de fatiga. Se miró las manos pensativo. Paula estaba colocando el café en la cocina y le observaba a través de la puerta abierta. ¡Pobre Mike! El asunto le había afectado enormemente. Le dolía engañarle, pero debía hacerlo para retenerle a su lado...

—Ayer estuve a ver a Cunningham. Es un mal asunto.

—¡Bah! Ya saldrá de él. Después de todo es inocente.

—Pero lo difícil es probarlo.

—Tú no puedes ayudarlo.

—Puedo confesar.

Paula se asustó. Mike hablaba en serio y la miraba con una rara luz en el fondo de las pupilas, una lucecilla de desconfianza y de renuncia, como si supiera algo...

—¡No, Mike, no te dejaré! — gritó Paula —. Tenemos que pensar en nosotros.

Hubo un silencio. Mike encendió un cigarrillo. Se había decidido a efectuar la prueba suprema. El corazón le palpitó violentamente. Tenía la lengua pegada al paladar. Le resultaba muy cuesta arriba acusar a aquella mujer...

Paula estaba vertiendo el café humeante en una de las tazas y esperaba a que hirviera la leche, cuando Mike dijo:

—Paula.

—¿Qué, Mike?

—¿Conoces esta ciudad a la perfección?

—Bastante.

—¿Conoces entonces a una mujer llamada Helen Bailey?

Fué como si hubieran disparado una descarga cerrada junto a Paula. Como en sueños respondió:

—No... No, no recuerdo ese nombre.

¡Mike lo sabía! ¡Lo había visto en sus ojos y en su manera de portarse desde que había entrado! ¡Y era capaz de denunciarla! ¡Su estúpido quijotismo!... Le atormentaba la idea de que Cunningham estaba en la cárcel... ¡No! ¡No podía arriesgarse!...

En un estante, al alcance de su mano, había una botellita de veneno. Fué cuestión de un segundo destaparla y echar parte de su contenido en el café que había de tomar Mike. Puso la cafetera y la leche, con la taza y el azucarero, en una bandeja y la depositó sobre una mesita que Mike había aproximado al diván.

—¿Por qué quieres saber quién es?—preguntó Paula.

—¿Quién?—respondió Mike haciéndose el tonto.

—Helen Bailey.

Mike se mordió los labios. En efecto, la criminal era Paula. Fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, repuso:

—Por nada. Creo que era amiga de Price.

—¿Cómo lo sabes?—exclamó Paula echando azúcar en la taza.

—Lo decía la prensa esta mañana—mintió Mike aceptando la taza—. La secretaria de Price habló con la señorita Bailey muchas veces, pero da la casualidad de que jamás la ha visto.

Si era verdad lo que Mike decía, y no había razón para dudarlo... ¡estaba descubierta! ¡Era inútil todo lo que no fuera huir! Mike se llevó la taza a los labios. Paula sintió un dolor muy vivo en el corazón y comprendió que jamás podría verle morir, que jamás podría matarle, hiciera lo que hiciera el joven, pues le amaba sobre todas las cosas, más que a sí misma...

Posó una mano en el brazo con que Mike alzaba la taza hacia su boca y le detuvo.

—Mike.

—¿Qué?

—Tengo que ir a «La Paloma» a cobrar mi sueldo. Necesitamos hasta el último céntimo.

Mike pudiera muy bien haber preguntado el por qué de tanta precipitación en abandonar la ciudad cuando Helen Bailey había sido descubierta, pero no pudo hacerlo. Paula le besó con pasión y, mientras tanto, derribaba con el codo la taza de café envenenado, que cubrió la bandeja y la mesita.

Cuando se separaron, Paula fingió un grito de sorpresa al ver el café tirado:

—Lo siento.

—Tomaré otro. Tú, vete.

—Vuelvo en seguida. Y ahora no te escapes otra vez.

—No faltaba más.

Paula, una vez estuvo en el Banco, miró en torno suyo. Nadie había reparado en ella. Llenó con naturalidad una tarjeta a nombre de Paula Craig, la firmó y se la entregó al encargado de la caja de seguridad. Este pareció tomarse una eternidad en cojear la firma con la que tenían archivada.

Por último, indicó a Paula que podía seguirle. Una vez en el departamento acorazado, Paula entregó las llaves de su caja al empleado, que unos segundos después le ponía en las manos el cajón de hierro que contenía doscientos cincuenta mil dólares... ¡Toda una fortuna!...

Inmediatamente Paula entró en un gabinete particular, dispuesto al efecto, y rápidamente empezó a trasladar los fajos de billetes del cajón a su amplio bolso.

De pronto lanzó un grito de alarma...

¡Mike estaba a su lado!

El rostro del joven era terrible. Poco a poco se fué inmovilizándose. Al fin preguntó:

—¿Me dejarás marchar sabiendo que le has matado?

—Lo hice por ti—balbució Paula.

—Tú le mataste... por esto—dijo Mike con desprecio señalando el dinero.

—Era lo mismo... Price o tú. El quería matarte y quemar tu cadáver para que creyesen que era el suyo.

—Hubiese hecho menos daño de ese modo—murmuró Mike alejándola de sí.

—¡No pude decírtelo antes, Mike! ¡Tenía miedo de perderte!

—Nunca te pregunté lo que habías sido ni lo que habías hecho antes de conocerme...—le recordó Mike con amargura.

—Escúchame—le suplicó Paula—. Nuestro encuentro fué una suerte. Tuvimos unas horas de felicidad. Pertenece el uno al otro, tú lo sabes...

—Sí, eso es lo que yo deseaba más que nada en el mundo. Pero no puede ser, Paula.

Paula intentó de nuevo abrazarle. Estaba asustada. Mike se negaba a ir con ella. ¡Ya no la amaba!...

—¡Mike! ¡Mike, escúchame! Podemos huir a cualquier parte. Todo el dinero es nuestro. ¡Podemos hacer cuanto queramos!

—¿Y qué será de Cunnighan? ¿Vamos a dejarle morir por un crimen que no cometió?

—Podemos encontrarle un buen abogado.

—Eso no es suficiente, Paula.

—No puedo dejar escapar la felicidad—exclamó Paula frenética—. He esperado demasiado, Mike. Tú no sabes lo que es lucir trajes ajenos, tener que sonreír cuando no se tiene gana... ¡Si te hubiese conocido antes de encontrar a Price!...

Mike se dirigió silenciosamente hacia la puerta. Paula ya no intentó detenerle. Procuró sonreír. Continuó guardando billetes en el bolso, dominada definitivamente por la ambición. No obstante, dijo a Mike:

—Entonces, ¿ésta es nuestra despedida, Mike?

Mike no respondió.

Tres minutos más tarde, Paula salía del gabinete. Al entrar en la sala general se detuvo de golpe...

¡Había en la puerta dos policías uniformados observándola fijamente y, más cerca aún de ella, dos detectives de paisano!...

Retrocedió instintivamente y chocó contra un cuerpo duro.

Levantó los ojos. Era Mike, que la contemplaba impasible. Desesperada se abrazó a él.

—¡Mike!... ¡Ayúdame! ¡Tengo miedo, Mike! ¡Están ahí!— gimió como una niña.

Le besó con pasión. Mike no respondió a la caricia. Tarde o temprano Paula se daría cuenta de la verdad, es decir, que él había sacrificado su amor por salvar la vida de un inocente, de que, en cierta manera, la había traicionado, y no quería coronar su obra con un beso...

—¡Tú me has denunciado!—sollozó Paula.

Pero se apretó todavía más contra él, ansiosa de estar a su lado, sin importarle nada lo que hubiera podido hacer Mike. Sólo estar con él, seguirle amando, amando con locura.

A un gesto de Mike, Paula fué detenida por los detectives, que la hicieron entrar en un coche. Mike les siguió lentamente, abrumado por el dolor. Estaba en la puerta cuando sus ojos encontraron los de Paula por última vez.

—Merece usted una buena recompensa por esto—le dijo un policía.

—Puede usted guardársela—replicó secamente Mike.

Y se alejó del Banco...

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Quedado con lo que ha- cos	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras . .	Carlos Gardal
María Estuardo	K. Hepburn
La profeta millonario . .	Gené Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible . . .	Jenny Jago
El hombre del Niger . . .	Victor Francen
Extracción en lana de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Cable - Colbert
Andrés Harvey, tenorio.	Mickey Rooney
El secreto del marqués.	Armando Falconi
Irene	Ana Nozga
Una hora en blanco . . .	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson . . .	F. Bartholomew
El valle del sol	I. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista ca la mujer	M. Hopkins
Cesados sin casa	Menjou-P. Negri
La mujer de las dos ca- ras	Greta Garbo
Luna llena	I. MacDonald
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Fredrich March
Cuando ellas se encuen- tran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divierte . . .	Joan Arthur
El Club 400	Anna Shirley
Una mujer endiablada . .	Lupe Vélez
La vuelta del Kana. Basa- do en la novela de Edgar Wallace	Victor MacLaglen
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	Diana Durbin
La hermanita del ma- yordomo	William Holden
Inventud ambiciosa	Ch. Laughton
El sospechoso	Diana Barrimore
Matrimonio de inconve- niencia	Jean Arthur
Una chica afortunada . . .	Diana Durbin
La dama del tren	Isa Miranda
Documento Z. 3	C. Colbert
Zaza	

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carral
Rutas infernales	John Wayne
Miembros intrépidos . . .	John Wayne
Kit Carson	John Hall
La ruta del Este	John Aw
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo es Michae- el!	Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiere un meni- cano	
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Dingo Banderas	Jorge Negrete
Perjurio	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Bilogra- fia)	Jorge Negrete
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Dolorosa	Arturo Godoy
Taxión de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo . . .	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rejes!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgess Meredith
La venganza de Legar- dere	Jorge Negrete
Camino de sacramento.	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo
Morenita Clara	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial» 4 ptas.

El Ametralladora	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia!	Pedro Infante
Como México no hay dos	Tito Guizar
1 ura	Stil Jarrel

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial» 4 ptas.

Don Quijote de la Man- cha	Rafael Rivelles
---	-----------------

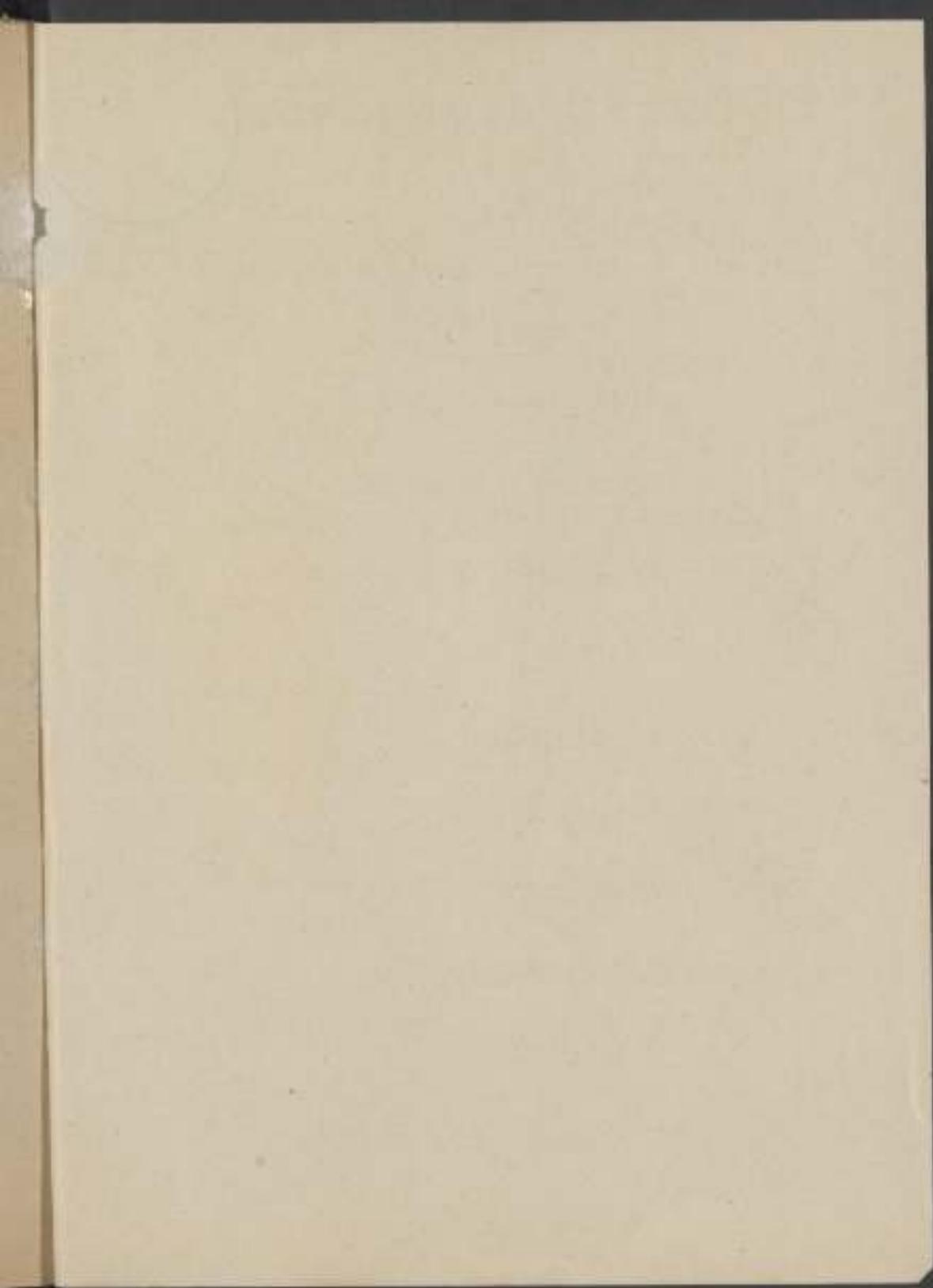
SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligere
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Tomás - Medina
Noche de engaño	A. Nazzari
Castivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino y prepa- nes de Albaicín	Gracia de Triana
Tú ligarás	Roberto Rey
Buena noche	María L. Cerona
Otoño	Roberto Rey

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Colec-
ción de 5 pastales) **75 cént.**



Ultimas Novedades

de

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



4 Ptas.

Hombres de presa

John Wayne

El mundo celestial

Hedy Lamarr

El ahijado de la muerte

Jorge Negrete

Los tres García

Pedro Infante

El Verdugo

Margarita Andrey

Noche eterna

Henry Fonda

Pasión que redime

Hedy Lamarr

Nunca la olvidaré

Irene Dunne

Noche y día

Gary Grant

El Barco de la Muerte

Glenn Ford